

Fiesta del Bautismo del Señor

“Éste es mi hijo, el amado, mi predilecto”

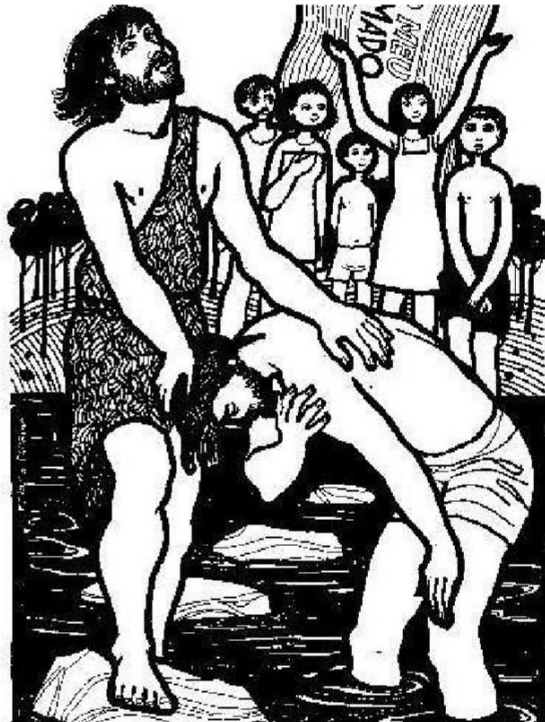
RIXIO PORTILLO R.
RAYMUNDO PORTILLO R.
WWW.JESUS-SACRAMENTADO.ORG

Hoy la Iglesia presenta la Fiesta del Bautismo del Señor, con la que concluye solemnemente el tiempo de Navidad, que se inició con la celebración del nacimiento de Jesús.

En el evangelio de hoy, se encuentra a Juan rodeado por una multitud que acudía a Él para bautizarse, éste implicaba la conversión del corazón y el arrepentimiento de los pecados; es así como Jesús aparece entre la gente que quería bautizarse y es contado entre los muchos pecadores (cf. Is 53,12), asumiendo así los pecados de la gente y de los cuales querían convertirse, y que más tarde le llevarían a la muerte de cruz.

Luego de un breve coloquio con Juan, Cristo es sumergido en las profundidades del agua, que en la sagrada escritura es signo del mal, con esto Jesús quiere mostrar cómo voluntariamente Él entraría en la oscuridad de la muerte del hombre, en la oscuridad del sepulcro para rescatarlo del dominio de las tinieblas, y elevarlo hacia su luz admirable.

Al salir del agua, ocurre la maravillosa teofanía o manifestación trinitaria, sobre Cristo se abre el cielo, y desciende sobre Él como en forma de paloma el Espíritu Santo, segui-



damente se escucha el testimonio del Padre: “Éste es mi hijo, el amado, mi predilecto”

El Bautismo de Jesús se convierte así en un anuncio pascual, en una

monición a su ministerio; con la muerte en la cruz Jesús ha redimido al hombre, y ha salvado a la humanidad caída; con su resurrección ha abierto el acceso a la vida divina,

junto a la morada eterna de su Padre. Que iluminados pues, por este misterio de luz, pueda entrar en el hombre el misterio pascual del amor que ofrece.

La oración, escuela de esperanza

La reflexión dominical de la encíclica de Benedicto XVI, Spe Salvi, sobre la esperanza cristiana, conlleva a este punto, que ilustra el modo de cómo la oración del creyente se convierte en “escuela de esperanza”.

La oración es uno de los temas que más fascina a la gente de hoy, y una muestra de ello es la multitud de textos que se encuentran en las librerías; obras que van desde el yoga, la metafísica, la meditación, hasta la sanación interior; títulos con los que se pretende enseñar a la gente el arte de orar.

El cardenal C. M. Martini dice que una de las tareas más difíciles es enseñar a la gente a orar, porque la oración, como decía Santa Teresa de Jesús, es “hablar de amor con Aquel que sabemos nos ama y por supuesto nos escucha”.

El Papa en su encíclica contempla la oración como la plegaria profunda hecha desde la más oscura situación personal; el hombre que pasando por situaciones de sufrimiento, al verse abandonado y abatido, busca la mirada de aquel que no le

Evangelio según San Mateo

(Mt 3,13-17). En aquel tiempo, fue Jesús de Galilea al Jordán y se presentó a Juan para que lo bautizara. Pero Juan intentaba disuadirlo diciéndole: “Soy yo el que necesito que tú me bautices, ¿y tú acudes a mí?” Jesús le contestó: “Déjalo ahora. Está bien que cumplamos así lo que Dios quiere.” Entonces Juan se lo permitió. Apenas se bautizó Jesús, salió del agua; se abrió el cielo y vio que el Espíritu de Dios bajaba como una paloma y se posaba sobre él. Y vino una voz del cielo que decía: “Éste es mi hijo, el amado, mi predilecto”.

falla, la respuesta del que no lo abandona; el consuelo del único capaz de librarle de aquella terrible situación, es decir, Dios única esperanza del hombre.

El testimonio del orante es creer que: “Cuando ya nadie me escucha, Dios todavía me escucha. Cuando ya no puedo hablar con ninguno, siempre puedo hablar con Dios. Si ya no hay nadie que pueda ayudarme; cuando se trata de una necesidad que supera la capacidad humana, Él puede ayudarme”.